

TORRES NAHARRO, BARTOLOMÉ DE (1485 – 1524)

AQUILINA

PERSONAJES:

AQUILANO.
SIERVO FACETO.
FELICINA.
FELICINA.
DILETA.
DANDARIO.
GALTERIO.
AQUILANO.

INTROITO Y ARGUMENTO

Dios, questó por arrojar
un Dios salve tan complido,
que abarque medio lugar
y un pedaço del exido.

Mas non quiero,
que me ternán por grossero
si por zagales me rijo,
son habrar como escudero
pues que s'usa en regozijo.

¡Juri as nos!
Novio y novia, sálveos Dios;
que biváys hasta hartar,
y vos dé hijos dos a dos
y vos los dexe perlograr.

Y al padrino
por casa mucho tocino,
en el corral leña y esparto,
y en la bodega buen bino,
y en las troxas trigo harto.

La madrina
que por la gracia divina
biva mil años y un cacho;
y a su hija Catalina,
buen marido y hombre macho.

Juri al ciego
que en la boda del Borrego,
quando yo estava baylando
deste modo palaciego,
habró ell alcalde en llegando.

Por Sant Pito,
que no era yo tamañito,
aunque era ya enamorado,
y os dava el salto y apito,
que el pueblo estava espantado.

Mas quería
como el diábro a Luzía,
que en vella, allí donde estava,
tan huerte me embevecía,
que se yva con dios la bava.

Juri a san
que me ha dado tanto afán...
Dios la perdone, ques muerta.
Hete aquí, cada San Juan
yo le enrramava la puerta,
y en presente

la dava continuamente
quanto podía hurtar,
cada sábado, a la huente,
yos la ayudava a cargar.

Asmo que
nunca domingo baylé
que no la sacasse a plaça,
son que una vez la saqué
y echóme la calabaza.

Yo espérela
hin a un día de la vela,
que sin dezille palabra,
mia fe, si vos plaze, apañela,

que quedó casi sin habra.

Como alano
la tenía en aquel llano:
«¿Dexarás?» «¡No dexaría!»
Y ellâ morderme la mano,
y el zagal que no dormía.

Y en aquesto,
ella tiesta y yo retiesto,
ella branca y yo amarillo,
no pudiendo velle el gesto
mordílla en el colodrillo.

La maligna
mengarrafa la sopina;
en aquesta negra discordia
¡Dios mal juba me festina!
Yo grito: «¡Misericordia!
¡Déxame ora!»
No quería la traydora.

«¡Dexa, hermana!»y ella, embuelta:
«¡Por tu bida, ni aun agora!»
«¡Por la mía, mia fe, suelta,
o perraça,
papitos de gallinaza!

No llores esse velete,
que me has fecho la mostaza
reventar por el ojete.»

Conclusyón:
que ella me pide perdón
y me dixo al cabo al cabo
que no comprasse melón
sin oler primero el rabo.

O borrica,
¿digo yo qué significa?
Diz porque amor es malsín,
el que de amores se pica
huela el rabo, que es el fin;
que a mi ver,
el melón y la muger
a quien no los suela usar

son malos de conocer
y buenos de blasfemar.

Quiso Dios
que lo quistión dentre nos
naqueste medio acabóse;
dende a un año, y creo que dos,
la bova tomó y muriósse.

¡Mallograda!
Que viniendo del arada
Muchas vezes me ganó,
que tirava un aguijada
quatro passos más que yo.

¡Qué braçones,
qué pezachos, pernejones,
bocacha de oreja a oreja,
los ojos dos barreñones,
la nariz como una teja!

Donde, di...
no me aliembra...sí, sí, sí:
ell otro día, en una boda,
vi una muger, juri a mí,
que se le parescía toda.

Descrepava
que Luzía no mostrava
color de negra tan fina,
que un poco más semejava
a la mi burra mohina.

Comoquiera
que me acuerdo qué tal era,
con el cariño que me atiza
la complición se me altera,
y el cabello se me eriza.

Y helo errado
en averme della acordado,
que la lágrima me assoma,
y oy no comeré bocado,
aunque me acossen que coma.

Quay de mí,

nora mala acá nascí,
ranilla me despedasce
porque soy venido aquí
do tanta ravia me nasce.

¡O mesquino,
lloricraca mortezino,
lagrymita nunca seca
y jarrazos de tocino,
coraçones de manteca;
derretido
como el sevo al sol tendido,
como cera en el tejado!

¡Dome a diole, pan perdido,
corpacho mal empleado,
perrazón,
sopa muelle en calderón
madexa mal devanada,
quartachos de requesón,
zangarrones de quajada!...

Ved a quién,
do tanta gente de bien,
embían a pernociar;
que vos juri a Sanctarén
que estoy por no me acordar.
Asmo que
la gran tirria que tomé
me a fecho turbar assí,
aunque no me patiré
sin daros cuenta de mí.

No ha poder
son que tengo de caher
en el demoño a qué vengo,
pues no se me ha desconder...
¡Juri a diez, aquí te tengo!

No es nadeta,
son que os trahen de cacheta
una co... ¡o mal bocabro!,
una comer, o cometa...

comedia, doyla al diabro;
que el auctor

no halló otro embaxador
que arrojasse más porradas;
y porque notéys mejor,
se parte en cinco jornadas.

Lo primero
ha de entrar un escudero
que le llaman Aquilano,
con Faceto, muy artero
siervo suyo, y como hermano;

y él con él
entran por este vergel
a hablar con Felicina,
que muere de amores dél
y él por ella que se fina.

Largamente
habran la noche presente,
queda essótra concertada;
salidos encontinente,
cessa primera jornada.

Dos villanos
salen luego muy hufanos
a cavar, que es un mysterio;
son del jardín ortelanos,
dichos Dandario y Galterio.

Perpassadas
muchas pullas y alcaldadas
que entrambos han descargado,
encuentran con las pisadas
del bueno del namorado.

Sal Dileta,
camarera muy secreta
y a Felicina muy junta,
que a los necios la discreta
por Faceto les pregunta.

Vien Faceto
que en servir con gran efeto
a su Dileta se funda;
habla con ella en secreto:
h' aquí jornada segunda.

Luego aýna
con Dileta, Felicina
sale a esperar a su amigo,
y en viniendo se encamina
y os lo dexa sin abrigo;

y Aquilano,
como amador soberano,
sentido dello y no poco,
se cae cabe un mançano,
dando bozes como loco.

Y al gritar
lo salen a conjurar
los villanos como quiera;
va el uno el Rey a llamar:
he aquí jornada terçera.

Muy sentido,
porque era muy favorito,
Bermudo, rey, llega aýna,
d'España rey tan querido,
padre de la Felicina;

y en lo oýr
manda médicos venir.
Vienen rezios como un trueno:
Polidarios sé dezir,
y Esculapio y Galieno.

No acertaron,
ni su mal adivinaron,
ni sabían medicallo,
con que por damas mandaron
que vengan a consolallo.

Y un anciano,
teniendo el pulso Âquilano,
passando la dama ingrata,
conoce luego en la mano
que Felicina lo mata.

Ya quería
matallo el Rey con porfía;
diz Faceto que lo aparta

ques hijo del rey dUngría,
y acaba jornada quarta.

Felicina,
no lo sabe tan aýna
sálese al jardín âhorcar;
Dandario, Dios lo encamina,
en que la sale a estorvar.

Su Dileta
dos vezes, como discreta,
salió también a estorvalla,
y a las tres, muy alegreta,
salió del todo âlegralla.

Vien Faceto,
viene el Rey, por buen respecto,
y el novio y una tracada;
y en abraços, yos prometo,
cumple la quinta jornada.

Concluyamos
que a la comedia llamamos
Aquilana, laguililla;
y atendáys, os suplicamos,
y el hombre se recoquilla.

JORNADA PRIMERA

Personajes:

AQUILANO.
SIERVO FACETO.
FELICINA.
GALTERIO.
DANDARIO.
DILETA.
FACETO.

AQUILANO. Hermano mío Faceto,
pues que me fío e ti,
has que seas tan discreto
como has sido hasta aquí.

FACETO. Mas, señor,
dime ¿qué nuevo temor
te haze de mí dudoso?

AQUILANO. Habla passo, por mi amor,
que el lugar es sospechoso,
y a plazer;
que aunque sé que me has de ser
muy leal hasta que muera,
todavía es menester
recordártelo siquiera.

FACETO. Esso bien.

AQUILANO. Ven acá, dime tú ¿quién
te fuera tan buen amigo?

FACETO. Dime tú, señor, también,
si en ello pierdes conmigo.

AQUILANO. No, en verdad.

FACETO. Dime, pues, con brevedad,
tu principal intención;
que aquí no ay comunidad
para tanta dilación.

AQUILANO. No aya más;
todos mis hados sabrás
antes que de ti me parta;
aunque no sé si verás
a leer aquesta carta.

FACETO. O fortuna,
¿no te acuerdas vez alguna
los moços de las escuelas
yrse a estudiar a la luna
por no gastar las candelas?

AQUILANO. No lo sé.

FACETO. Pues yo te la leeré
sin errar ni dos razones,
aunque fuera, en buena fe,
letra de suplicaciones.

AQUILANO. Pues, aýna.

FACETO. Por mi fe, Dios te encamina
si te sabes gobernar.
¿Ya te escribe Felicina?

AQUILANO. Di, si quieres acabar.

FACETO. Sí haría,
sino que ser no podría
más ruyn letra de muger,
porque está de fantasía
de no dexarse entender.

AQUILANO. ¡Qué razones!

FACETO. Assí Dios te dé mil dones
y a mí saque de trabajos,
que fue escrita con carbones
o con pies descaravajos.

AQUILANO. ¡O villano
descortés y mal cristiano!
¿No conoçes ser escripta
de aquella divina mano
llena de gracia infinita?

FACETO. No consciento
que con esse pensamiento
pongas tu vida al tablero
y a tu honrra en detrimento,
y en peligro al compañero.
Si quisieres,
mira bien, señor quién eres
y acuérdate de tu padre;
cata por locos plazerres
no quieras salir de madre.

AQUILANO. Yo te ruego
que me busques más sossiego
notando bien mi querella;
que una olla con gran fuego
revierte quanto ay en ella.

FACETO. No traspases;
que quando tú te templasses

de que a tal dama sirviesses,
yo folgaría que amasses
pero no que enloqueciesses.
Mayormente,
si pusiesses en la mente
que de ningún bien careces,
y aunque ella es dama excelente
más que fuese, la merescas.
¿Qué más quieres?
¿Fáltate estado o averes
porque esta dama te niegue?
Si tú le dices quien eres
yo salgo que ella te ruegue.

AQUILANO. Di, salvaje,
¿qué gloria, sin que trabaje,
merece ningún nascido
en lo que por su linage
se ha hallado merescido?
Ya yo sé
que es gran bien el que heredé,
pero querría probar
a ver si por mí podré
merecer mejor lugar.
Y no niego
ser amor cruel y ciego;
pero con quanto trabaja,
quiero yo ganalle el juego
dándole aquesta ventaja.

FACETO. Tu concierto
no lo alabo al descuberto;
porque a veces es dañoso
tentar el peligro cierto
por el remedio dudoso.
Mas, señor,
consejarte un servidor
es echar seso en la calle,
porque el encendido amor
dizque peor es hurgalle.
Si ha de ser,
por demás es contender
en tal lugar, y a tal hora;
quiero acabar de saber
qué te scrive esta señora.
«Aquilano,

porque no es más en mi mano
yo tescuro burramente...»

AQUILANO. Mira que dize, villano,
«yo te scrivo brevemente».

FACETO. Assí está;
«Si esta noche ser podrá
ten perro por do sorrabes.»

AQUILANO. Mira, bestia, qué dirá
«te espero por donde sabes».

FACETO. Sin reñir.
«Y en el entrar y salir
las piernas se te rompiessen.»

AQUILANO. Cata que deve dezir
«las piedras no te sentiessen».

FACETO. Es verdad.
«Mira, en fin, mi culidad,
no me des higa en el ojo.»

AQUILANO. Di, necio, «mi calidad,
no me des algún enojo».

FACETO. Ora espera,
assí está desta manera:
«Haz que no quede preñada.»

AQUILANO. Dote al diablo siquiera,
pues claro dize «penada».
Tú estás ciego.

FACETO. «Y sobre todo, te riego
lo que sabes por mi amor.»

AQUILANO. ¿No miras que dize «ruego»?

FACETO. Aun yo dezía mejor.
«Y al entrar,
porque te pudras salar,
tinaja de sopas hechas.»

AQUILANO. «Porque te puedas salvar,

ten ojo adonde sospechas.»

FACETO. Si me das,
por mi fe, no ganarás
un cuento y trescientas mil.

AQUILANO. Acaba ya, si querrás,
si no ¡por Dios, don cevil!...

FACETO. ¡O, qué arengas!
«Diez huevos mando que tengas
estrellados a la luna.»

AQUILANO. «De nuevo mando que vengas
entre las doze y la una.»

FACETO. Pues, señor,
¿no me dexarás mejor?
O dala por acabada.

AQUILANO. Dezid, villano traydor;
no quiero que quede nada.

FACETO. ¿Dó llegamos?
«Yo y Dileta te espetamos
por el hueco sendas barras.»

AQUILANO. Di grossero, «te esperamos
por el huerto so las parras».
¿Has leýdo?
Daca acá, palo vestido,
que no sabes dónde t'eres;
pon a la calle el oýdo
y el ojo adonde a mí vieres.

FACETO. De buen grado.
Hora Dios sea loado
que mi amo dio en amar,
que el seso se le ha mudado
de la frente al calcañar.
Mal cruel
es ser el hombre fiel
con quien pierde la razón,
yo me estoy burlando dél
y él no siente el aguijón.
Por mi honor,

le seré buen servidor
mientras tengo la pelleja,
caso que desta lavor
poco bien se me apareja.
Pero andar,
¿qué se gana en procurar
de llegar a la vejes,
pues que no puede escusar
de morir hombre una vez?
Más valdría
buscar plazer y alegría,
cueste la frente o el asa;
par Dios, si veo el buen día,
que yo lo meta en mi casa.
Por fatiga
no consiento que se diga
que se va mi tiempo en vano,
quiero buscar una amiga
y hazer como Aquilano.
Hora ver,
Dileta me dixo ayer:
«No pareces como sueles»;
aquí no es más menester,
ella ha gana de manteles.
No es hermosa
pero basta que es graciosa,
y aun gentil para en la cama;
puede tener, otra cosa,
mejor cuerpo que su ama.
No soy viejo,
ni me fallece consejo
ni otras cosas que hombre calla;
basta, que tengo aparejo
para poder contentalla.
Pues callar;
dexadme tener lugar,
veréys cómo urdo y tramo.
¿Qué haze de passear
aquel loco de mi amo?
Quiero oír
que ella no deve sallir,
y no saldrá por ventura,
y él algo deve dezir
con la fiebre y calentura.
Tengo mientes.

AQUILANO. Salga la boz de mis dientes

sin tener vanos ultrages,
vaya de gentes en gentes
y de lengua en lengüajes;
començando

do ningún pueblo dexando
cantones, plaças, ni calles,
mas continuo resonando
por silvas, montes y valles
y caminos,
los estraños y vezinos,
sin dexar uno tan sólo
dende la cuna de Ninos
hasta el sepulcro de Apolo.

Sin parar

la Fama tenga que dar
sus mil oýdos que oyr,
sus mil ojos que mirar,
sus mil lenguas que dezir
de Aquilano,
más que de Paris troyano,
por muchas venturas mías,
y que muero más hufano
que el glorioso Macías,
por amores,
los más altos y mejores
que en el mundo son ni han sido,
y los más merescedores
que pudo formar Cupido.

Sin medida,

o qué merced tan cumplida
para jamás olvidalla,
fue darme Dios esta vida
para tan bien emplealla.

¿Qué más quiero?

¿Qué más ay? ¿A cuánto spero?

Quiero andarme, que ya es hora;

mas non cale, que me muero

por mano de mi señora.

Felicina,

ven, señora, pues, aýna,
haz tus manos carniçeras,
y desta carne mezquina
cortarás por donde quieras.

Si querrás,

mi coraçón sacarás

con las uñas de tus manos;
con mi sangre regarás
esos pechos tan hufanos,
Ven, traydora,
haz de mí justicia agora,
no me niegues tu sentencia,
pues tantas veces, señora,
me negaste la clemencia.
Sin dubdar,
según tu mucho tardar
no tienes de mi memoria;
o no me quieres matar,
por no me dar esta gloria.
Y a mi ver,
a tu pesar, o plazer,
moriré en esta conquista,
porque me mata el querer
con las armas de tu vista.
No lo creo;
comigo mismo peleo,
no ay aquí otro matador,
sino que bivo me veo
dentro del fuego de amor.
Hora, pues,
frío estoy, no sé qué es.
¡Valme la Virgen María!
Soy la çarça de Moysés
questava verde y ardía.
No es possible
ni es éste el fuego terrible
que al fénix haze bivar,
ni tampoco el invisible
que Ecuba se vio parir.
Pues ¿qués esto?
¿Tornéme loco tan presto
por amores de una dama
que tarde niega su gesto
lo que promete su fama?
Tan real,
reyna mía singular
mi señora Felicina:
¡quán bendito es aquel mal
que espera tu medicina!
Si me entiendes,
¿cómo luego no descienes
a mis bozes soberanas,

y me sueltas, o me prendes,
o me matas, o me sanas?
Di, crüel,
¿sientes tú deste vergel
ningún árbol menear?
Quantas yervas ay en él
todas están a escuchar,
pues las fuentes
detuvieron sus corrientes
porque pudiessen oyrme,
las aves que son presentes
no cantan por no impedirme,
pues el cielo
todo está que es un consuelo,
todas las gentes reposan,
las aves no hazen buelo,
los canes ladrar no osan...

FELICINA. ¡A, señor!

AQUILANO. Tu siervo por tu valor.
¿Qué mandas hazer de mí?

FELICINA. Que me digas por mi amor
si ha mucho questás aquí.

AQUILANO. Non lo sé,
sino questoy y estaré,
con fatiga y pena harta,
donde partir no podré
sin que del mundo me parta.

FELICINA. Mas, de veras,
¿a gran rato que me esperas?,
que cierto no te êntendido.

AQUILANO. Señora, si tú quisieras,
muy bien sé que me has oýdo;
mas soy cierto
que llamarte con concierto
y amarte con fe tan buena,
son dar bozes en desierto
y edificar sobre arena.

FELICINA. Pues no llores,
pusilánimo en amores;

que aunque no me lo agradescas,
el menor de mis favores
te paga más que mereces.
Piensa agora
que siendo yo tu señora,
por amar un tal qual eres
me hallo merescedora
de todo quanto dixeres,
Y en verdad,
si mi libre voluntad
está puesta en tal tristeza,
más fue por mi seguedad
que no por tu gentileza.
Por tal arte
que devrías mesurarte,
no pudiéndote hablar,
pues que puedes contentarte
con quererte yo mirar.
¿O pensavas
que si la villa tornavas,
la fortaleza tenías?
Que son tan fuertes sus cavas
que no temen tus porfías.
Y es verdad
que en ganar la voluntad
la villa tienes estable,
pero no la honestidad,
ques castillo inexpunable.
De manera
que aunque más ganas tuviera
de seguirte de afición
la vergüença me hiziera
no salir de la razón.
Pues, traydor,
si tú no tienes amor
a mi honrra, que es la tuya,
tuviésseslo a tu señor
en honrrar la hija suya.
Pues que sabes
en quánta gracia le cabes
y en quánto favor estás,
y dubdo que no te alabes
si tan ruin paga le das.
Y esto digo,
y al tiempo hago testigo
de tu cevil pensamiento,

porque te burlas conmigo
pensando que no te siento.
Tu denuedo
me pone temor y miedo,
por donde creo, Aquilano,
que desque tienes el dedo
querrías tomar la mano.
Pues, ingrato,
quanto yo mejor te tracto,
y el querer tan a la clara,
son hazer fiestas al gato
para que salte a la cara.
Y a mi ver,
los hombres en el querer
soys raposos par a par:
halagáys para prender
y prendéys para matar.
¡Guay de aquélla!
Que aunque sea linda y bella
la muger que os muestra amor,
no hazéis más caso della
quel Papa de un Labrador.
Ni se cuenta,
ni se lee, ni se mienta
que muger, mala ni buena,
hizo a hombre tal afrenta
qual Tehereo a Filomena.
No se diga:
mas por salir de fatiga,
di ¿quál varón ni mançebo
hizo el caso de su amiga
que oy haze Clicie de Febo?

AQUILANO. Ya, señora,
basta y sobra por agora,
yo me rindo, pues que muero;
queda tú por vencedora
y yo por tu prisionero
con razón.
Mas quiero también un don,
si he caydo en tanta mengua:
que no pague el corazón
por las faltas de la lengua.
Que, lo cierto,
con tanto seso y concierto
te desseo contentar,

que jamás, bivo ni muerto
no te querría enojar.

FELICINA. Ciertamente,
no hagas del inocente,
ni me tengas por tan loca
que sobre esse consiguiante
te meta el dedo en la boca.

AQUILANO. Puede ser,
pero hágote saber,
porque pierdas esse miedo.
que ante tengo de morder
a mi lengua que a tu dedo.
Pero andar,
yo me torno a mi callar;
mi vida pongo en tu mano;
sé que no podrás negar
que soy tu siervo Aquilano.

FELICINA. Mas, quán cierto
te finges raposo muerto
y echas la lengua de fuera,
quedando bivo y despierto
par burlar a qualquiera.
Pero va,
tomarás mañana acá
por tus secretas escalas,
que cuervo no puede ya
ser más negro que las alas.
Y te pido
que vengas bien proveýdo;
no te fíes de tus manos,
guarda no fuesses sentido
destos nuestros ortelanos.

AQUILANO. Ya señora,
lo proveý sin âgora.
Con su licencia me vo;
quedes tú tan en buen hora
como la 'n quien Dios nació.

FACETO. ¡Voto a Dios!
De acuerdo quedan los dos,
los amores van calientes;
que me maten, veréys vos,

si no remojan los dientes.

AQUILANO. O Faceto,
si me tuviesses secreto
¡qué nuevas te contaré!

FACETO. Ten a tu fama respecto,
que el resto todo lo sé.

AQUILANO. ¿Por qué vía?

FACETO. Porque ya, señor, oya
casi todo desde aquí.

AQUILANO. Bien me plazze, mas querría
que me lo oyesses a mí.

FACETO. Norabuena.
Salgamos de casa agena,
después me cuenta la hystoria.

AQUILANO. ¡O bendita aquella pena
que acarrea tanta gloria!
¡O pesar
que me traes a parar
en plazer tan glorioso!
¡O, cuántos por no afanar
nunca tuvieron reposo!
Mundo ciego,
del qual hombre derreniego
que no sabe el mal de coro,
y no se echa en un gran fuego
por afinarse como oro.
Dios nolvida
al que con vida afligida
los sus años bien derrama;
que bien perdiendo la vida
se cobra la noble fama.
Que si escuchas,
no se ganan rentas muchas
sin sentir algunas plagas,
ni vemos que toma truchas
quien no se moja las bragas.
Siente, loco,
porque en la causa que toco
quesiste ser el alcalde,

nunca mucho costó poco,
nin se dan perlas de balde.

FACETO. Bien está.
Vámosnos, que es hora ya,
y estar aquí no es honesto.

AQUILANO. Ve adelante, y anda allá,
que en casa te diré el resto.

JORNADA SEGUNDA

GALTERIO.
DANDARIO.
DILETA.
FACETO.

GALTERIO. ¡Hao! collaço, dormilón,
apaña tus arrapieços,
que su padre de Fetón
va ya por esos cabeços.
Abre el ojo.

DANDARIO. Carillo, no ayas enojo,
que, mia fe, ya me levanto;
mas mira tu martilojo,
qentiendo ques oy disanto.

GALTERIO. Mas ¿de veras?
Pues si no me lo dixeras
do al diablo al que guardara.

DANDARIO. Busca, pues, las dissanteras,
que cuydo ques Santa Clara.

GALTERIO. Puede ser;
mas en cosas de leer
no sé más que una borrica,
si no me das a entender
en qué anda la dominica
deste mes.

DANDARIO. Deve de andar en sus pies
mientras no va cavalgando.

GALTERIO. Dote al fuego, mala res,
siempre me hablas burlando.
Pues, par Dios,
si no buscamos los dos
no hallo disanto ninguno.

DANDARIO. Muestracá, cuerpo de Dios,
que aun valdremos dos por uno.

GALTERIO. Compañero,
¿de mañana estás puntero?
Pues: çahúndote las migas.

DANDARIO. Mas tápote el agujero
y arrójote un par de higas.

GALTERIO. Guarda huera,
cortada tan ruin higuera
y aun quemado el higueral.

DANDARIO. Apúntote a la mollera
y enclávote el angonal.

GALTERIO. Mas pepita
en aquessa lengua maldita,
y que mueras mallogrado.

DANDARIO. Mas con esta agua bendita
te baptizo el ahijado.

GALTERIO. Mataviejas,
abarráncote las cejas
y encoméndote al diablo.

DANDARIO. Santígote las orejas
y el ojo te descalabro.

GALTERIO. Desse modo
quanto tienes te chapodo;
lóbado malo que te entre.

DANDARIO. Escántote a piedra y lodo
la chimenea del vientre.

GALTERIO. Buen garrote
que te ahirmasse el cogote

y esos caxcos, pues no callas.

DANDARIO. Mas espétote el cipote
y píssote las agallas.

GALTERIO. No harás.

DANDARIO. Sí haré, si tú querrás.

GALTERIO. Dexemos dessa contienda,
miremos que nos va más
en la ordinaria hazienda.

DANDARIO. Pues veamos,
¿qué será bien que hagamos
ora enantes que almorzernos?

GALTERIO. Tan rellotrados estamos
que no sé por dó empecernos.

DANDARIO. ¿Quieres buena?
Reguemos el açucena,
los jazmines y el rosal,
y después la berenguena,
los garvanços y el haval.

GALTERIO. Sí, requiero;
pero reguemos primero
las coles y las cebollas,
pues que sabes, compañero,
quánto nos honran las ollas.

DANDARIO. Mas, de veras,
reguemos estas higueras:
la prieta y la vacallar,
la tocada y las breveras.
la verdega y el y alvar.

GALTERIO. No te mates,
dexemos esos debates,
que el regar no es cosa cierta;
reguemos nuestros gaznates,
cáguese el Rey en su huerta.

DANDARIO. Yo diría
que mucho mejor sería,

mientras Febo no se llega,
que cavemos cada día
sendos ratos desta vega.

GALTERIO. ¿Qué cavemos?
Si dixeras almorzemos,
yo fuera por las açadas;
mas digo daca, miremos:
¿de quién son estas pisadas?

DANDARIO. Dime, ¿quáles?

GALTERIO. Mira cuántas y qué tales;
oy quedamos desonrados.

DANDARIO. ¿Qué diabros de zagales
han sido tan ahotados
que han entrado
onde bien han negociado,
pues con las vidas bolvieron?

GALTERIO. Dome a Dios, questó espantado
pensando cómo subieron,

DANDARIO. ¡Y escalaron!

GALTERIO. Pues veamos a qué entraron,
no tengamos que pagar.

DANDARIO. Por algo se aventuraron,
mas ¿qué podrían llevar?

GALTERIO. Las ciruelas.

DANDARIO. Calla, hermano, no las duelas;
y si tornaren al trato,
quedarán por las piuelas
y pagarnos han el pato.

GALTERIO. Peccador,
no lo pagues tú mejor
si nuestro señor lo sabe.

DANDARIO. Mia fe, non le tengo temor;
ve, dile que me sorrabe.

GALTERIO. Non prosigas,
porque si no te castigas,
yo diré tus ruynes talles.

DANDARIO. Una me da que lo digas,
otra me da que lo calles.

GALTERIO. Bovarrón,
¿con el Rey buscas questión?
Perdido tienes el tino.

DANDARIO. Que no tengo a quantos son,
en un cantar vizcaýno,
Di, bestial,
en lo que es más principal
¿quánta ventaja me lleva?
Ambos somos de un metal,
y hijos de Adam y Eva.
No te pene,
que si reynar le conviene,
con aquesto me consuelo:
que si más del mundo tiene,
menos espera del cielo.
Y aun te fundo
que los bienes deste mundo
son recueros del infierno,
que acarrear al profundo
las almas de mal gobierno.
¿Y as notado
que bivió Dios despojado,
con pobreza y amargura,
y aun quiso ser enterrado
en agena sepultura?
Y a mi ver,
nos quiso dar a entender
que, de razón muy notoria,
le convino padecer
para que entrasse en su gloria.
Por mostrar
que los que suelen holgar
se hallarán arrepisos,
y que no pueden gozar
ni tener dos paraýsos
los groseros
que enfingen con los dineros
y tienen grand fantasía,

pues los más gruesos carneros
van a la carnicería.

GALTERIO. Pues, Dandario,
yo no te digo el contrario,
sino que temo y sospecho
que nos quiten el salario
por el mal que otros han fecho.

DANDARIO. No harán,
y si hazello querrán,
en Dios, hermano, confío;
que nadie marra del pan
y del agua de esse río.

GALTERIO. Bien atinas,
y aun que las rancias sardinas
nos saben a nos mejores
que las muy gordas gallinas
a los reyes y señores.

DANDARIO. Déssos vienen
los que más pompa mantienen,
y aquéllos contino veo
más tristes por lo que tienen
que yo por lo que desseo.

GALTERIO. Mia fe, sí;
continuamente los vi
metidos en gran tristeza,
lo que no, dirán de mí
ni de quien tiene probesa.
Pues, aosadas,
que a pesar de malas hadas
nunca yo tema en mis días
perder las naos cargadas
de grandes mercaderías,
ni cuydados
me detengan los bocados
entre la boca y el plato,
ni temo que mis ganados
se me mueran cada rato.
Paro mientes
que las perdidas simientes
ni las duelo ni las lloro,
ni temo que mis sirvientes

me hurten la plata y el oro
ni dineros,
ni que los mis ganaderos
hagan salas de mi lana,
ni que los mis herederos
me busquen muerte temprana;
mas holgando,
por los caminos cantando
sin temor de los ladrones,
dos mil solazes tomando
con mis yguales garçones,
por villares
hallando nidos a pares,
comiendo migas tostadas,
dormiendo en buenos parajes,
¡y llueva Dios a manadas!

DANDARIO. Calla, hermano,
da gracias al Soberano
que te da contentamiento;
que en este mundo villano
ésse es rico, el ques contento.

GALTERIO. Sé dezir
que si veniesse el morir,
nos puede siempre fallar
tan alegres para yr
y más que para quedar.

DANDARIO. Sus, tornemos
a pensar lo que haremos,
hablando agora en buen seso.

GALTERIO. Que si quieres, almorzemos;
aquí tengo pan e queso.

DANDARIO.¿Qué otra cosa?

GALTERIO. Dos tassajos con su grosa,
la mejor de Madrigal,

DANDARIO. La calabaza es mocosa,
Dios que la guarde de mal.

GALTERIO. Por no errar,
nos devríamos tornar

a las choças sendos ratos,
tú, si quieres, âlmorzar;
yo adobaré mis çapatos.

DANDARIO. Vamos vía.
que olvidado se me avía
si no me lo recordaras,
porque yo también querría
remendar mis antiparas.

GALTERIO. Desse modo
haremos el día todo,
a pesar del Rey, disancto.

DANDARIO. Ponte tú y el Rey del lodo,
y el Rey y tú del quebranto.

DILETA. ¡A ortelano!

GALTERIO. ¿Quién llama?

DILETA. Yo soy, hermano.

DANARIO. ¿Es Dileta?

GALTERIO. Creo que sí.

DILETA. Di, ¿Faceto, el de Aquilano,
es ydo agora de aquí?

GALTERIO. No señora.

DILETA. Por fruta venía agora,
si bien lo supe entender.

GALTERIO. Nunca viene él a tal hora
hasta que quieren comer.

DILETA. Si viniere,
dezilde que aquí me espere,
que le tengo de hablar.

GALTERIO. En buen hora. ¿Qué lo quere?

DANDARIO. Véslo tú a preguntar.

GALTERIO. Si escopieça
juri a diez que es mala pieça
y que no me maravillo,
sí le come en la cabeça,
porque se rasque el tovillo.

DANDARIO. Yo querría
que le hablasses un día,
tú que enfinges de garçón,

GALTERIO. Juri a dobre, bien sería
matalle la comezón.

DANDARIO. Si la vías,
por tu fe, ¿qué le dirías
de presto en arremetiendo?

GALTERIO. Diríale: «Buenos días»
si fuesse en amaneciendo.

DANDARIO. Peccador
que enfinges de hablador
y de echar mucho la chuça,
Pues ¿no vees quera mejor
quitalle la caperuça?

GALTERIO. Majadero,
sí que esso es lo primero;
no te pienses que me olvido.

DANDARIO. Pues ¿qué le dirás empero
quando fuesse el sol salido?

GALTERIO. Para allí
menester es, juri a mí,
mucho bien astrologar.

DANDARIO. Ora te quiero yo a ti.

GALTERIO. Déxame un poco pensar.
¿Sabes qué?
Juri a diez que le diré:
«Dios mantenga y remantenga.»

DANDARIO. No la digas, por tu fe,
ques palabra un poco luenga.

GALTERIO. Qué diabro,
dezillé como horas habro:
«Dios os guarde acá, nuestra ama.»

DANDARIO. No me encaxa esse vocabro,
ques muy gofo para dama.

GALTERIO. ¿Quieres oyr?
A la fe de te dezir:
«Mi coraçón espetado...»

DANDARIO. Para hazella reyr
punca mejor has habrado,
Ora ver,
y para dalle a entender
que la querías besar,
¿cómo havías de hazer?

GALTERIO. A la fe, allí es el cagar.
Mas, hermano,
juri a sant, como un alano
me arremetiesse a las haldas,
y echalle presto la mano,
y dar con ella de espaldas.

DANDARIO. ¿Si gritasse?

GALTERIO. Juri a diez os le frocasse
por qualquiera palabrita,
mas aosadas que callasse
y aun que estuviesse quedita.

FACETO. ¡A, ortelanos!

DANDARIO. ¿Quién llama?

FACETO. Yo soy, hermanos.
La cestica venga llena;
hazed que os anden las manos
y que me deys cosa buena.

DANDARIO. Juri a mí,
Dileta vino tras ti
y ha dicho de la ventana
que la esperasses allí.

FACETO. Voto a Dios, de buena gana.

GALTERIO. Pues, si quieres,
coge tú lo que quisieres,
que estarás más de vagar;
y por tu fe que la esperes,
que nos ymos âlmorzar.

FACETO. En buen hora.
O, qué tiempo tengo agora,
y cómo me viene hecho,
para ver si esta traydora
me quiere como sospecho.
Todavía
sé que su ama la embía,
como no asienta el pie llano,
con qualquier mensagería
para mi amo, Aquilano.
Mas, si puedo,
quiero contalle sin miedo
lo que de mí determino,
y aun mostralle con el dedo
por dó va el agua al molino.
Que es medrosa,
y assí como es vergonçosa,
siempre quiere una donzella,
que aunque muera por la cosa,
que hombre le ruegue con ella.
Pues, de amores,
¿qué valdrían los mejores,
o cómo serían buenos
si no costassen dolores,
o palabras a lo menos?
Que, del resto,
aquel esconder de gesto,
aquel huyr y dar gritos,
salsa verde es todo aquesto
que crece los apetitos.
Pues veamos,
los que por damas penamos,
si la razón conocemos,
bástanos que las ayamos
en el lugar que queremos.
Que a mi ver,
para gozar del plazer

lo demás al hombre toca,
que no se lo han de meter
con la cuchara en la boca.
Dios quisiese
que a Dileta yo tuviese
tras uno destes mançanos;
mi daño, si no supiese
desembolverme las manos.

O, qué gana
traygo yo esta mañana
para hazer y dezir;
pero hela a la ventana,
por alto se avra d'ir.
Mi señora,
vos estéys mucho en buen hora,
Dios os haga tan dichosa.

DILETA. Dexa las burlas agora,
que más nos va en otra cosa.

FACETO. Si miráys,
las burlas que vos usáys
son las que dexar devéys,
que de burlas me miráys
y por burla me tenéys.

DILETA. ¡O gratiozo!
Nunca te vi tan donoso,
ni en tus hablas tan galán.

FACETO. Ni tan fuera de reposo,
ni tan metido en afán.

DILETA. ¿Y por qué?

FACETO. Porque me mata la fe
que me tiene a tu mandado,
y muero porque no sé
cómo estoy allá en tu grado.

DILETA. ¡Qué plazer!
Ya el mundo se va a, perder
pues ora tú me motejas,
aunque no puedo creer
quede verdad me festejas.

FACETO. Guay de mí,
pues del día en que te vi
que contra mí te encaravas,
en aquel punto crey
que de verdad me tiravas.

DILETA. Ay, Faceto,
cómo te hazes discreto
con enforrados denuedos.
Pues de mí, yo te prometo
que no me mamo los dedos;
ni ay razón,
sin salir yo de un rincón,
que a nadie cause fatiga;
mas tú, tras cada cantón
deves tener una amiga.
Non curéys,
que en los hombres, como veys,
dos mil maldades se encierran,
morisos por quantas veys,
y maldito aquel que entierran.

FACETO. Sé contar
que los muertos por amar,
vencidos en esta guerra,
estamos por enterrar
por no consentir la tierra.
Y es locura
procurar yo sepultura,
sino que, por más vitoria,
le suplico a mi ventura
que me entierre en tu memoria.

DILETA. Ora siento
que buscas buen monumento;
no pensava que eras déssos.

FACETO. Dígolo con pensamiento
que no me duelan los huessos.

DILETA. ¿Es assí?
Mirar me cumple por mí,
fatiga se me apareja;
mas ¡qué lobo estava en ti
metido so piel de oveja!

FACETO. Pues, amiga,
si tu belleza me obliga,
¿qué yerro hago en amarte?

DILETA. No más de tomar fatiga
para nunca aprovecharte.

FACETO. Los amores
quando traen más dolores
nos dexan más satisfechos;
que los veros amadores
no buscan esos provechos.

DILETA. Tú querrías
con esas chocarrerías
que yo te abriesse a tu guisa,
y después ensayarías
de buscarme la camisa.

FACETO. No ayas miedo
y ábreme.

DILETA. Pues alça el dedo.

FACETO. Veslo aquí, ya estás segura.

DILETA. Yo me guardaré, si puedo,
de hazer tal travessura.

FACETO. ¡Qué espantar!
¿Quiéresme un día escuchar,
pues no tengo otro remedio?

DILETA. Siempre me puedes hablar
mientras oviere tierra en medio.
Por agora
te puedes yr en buen hora,
y has de dezir Âquilano
como dize mi señora
que venga solo y temprano.

FACETO. Sí diré,
pero dime, por tu fe,
que te acordarás de mí.

DILETA. Ve con Dios, que sí haré.

FACETO. Voy contigo y sin mí.

JORNADA TERCERA

FELICINA.

DILETA.

DANDARIO.

GALTERIO.

AQUILANO.

FELICINA. Dileta.

DILETA. ¿Señora mía?

FELICINA. ¿Sabríasme tú dezir,
quien bive sin alegría
si puede mucho bivir?

DILETA. ¿Cómo assí?

FELICINA. Porque después que me vi
herida de aqueste mal,
no reyna plazer en mí
ni cosa de su metal.
Y en lugar
quando me pienso alegrar,
procurando algún deleyte,
hallo un querer amatar
el fuego con el azeyte.
De otra vanda,
sin quel cuerpo se desmanda,
con el pesar y su tema
la más preciosa vianda
se me convierte en postema;
de tal suerte,
que se me haze tan fuerte
qualquier linage de vida,
que si veniesse la muerte
sería la bien venida.

DILETA. Ay, señora,
¡si tal oyesse agora
tu servidor Aquilano!

FELICINA. No me lo mientes, traydora,
que lo tengo por villano.

DILETA. ¿Quién creyese
que si yo tal te dixesse,
que tú me lo con cediesses?
Y aun que no te desplugiesse
si agora verlo pudiesses.

FELICINA. ¿Ver, o qué?
Mala pascua Dios me dé
si tengo tal pensamiento;
que lo que ayer te hablé
muy fuera va desse cuento.

DILETA. ¡Guay de mí!
Pues ¿a qué vienes aquí,
y a tal hora, en el vergel?

FELICINA. Porque ayer le prometí
de me ver aquí con él.

DILETA. ¡Qué saber!
Pues si no lo quieres ver,
¿dónde vas de noche a oscuras?

FELICINA. Calla, que tomo plazer
en oylle sus locuras.

DILETA. ¿Dirás.
Pero di quanto querrás,
que yo, señora, te digo,
que lo quieres tanto y más
que al alma questá contigo.

FELICINA. No te pene;
que assí Dios mi alma ordene,
muy poca pena me da;
ni me plaze quando viene,
ni me duele quando va.

DILETA. No lo sé,
mas de grado juraré
que según siento tus vascas,
no coxqueas desse pie,

ni te come do te rascas.
Por tal arte,
que querriás abonarte
teniendo mal pensamiento,
cubriendo por una parte
lo que publicas por ciento.
Tal te quiero
como aquel mal calderero
que con mano mal certera
por soldar un agujero
haze diez a la caldera.

FELICINA. No aya más.
Siente y calla, si querrás;
haz officio de discreta,
vees que no supe jamás
tenerte cosa secreta.
Pues, hermana,
no me culpes de liviana
lo que no hago por vicio;
que siendo muger humana,
la carne haze su officio.
Y en amar,
no sé quién pueda passar
sin sentir pasión alguna,
que pocas passan por mar
que no cuenten de fortuna.
Y a mi ver,
pues quel penar y el querer
cosa común ser parece,
harto haze la muger
que quiere do se merece.
Sin mentir,
de mí no podrás dezir
que sin mucha causa afano;
porque no ay mas que pedir
en el valor de Aquilano.
¡Cuán hermoso,
quán gentil y cuán gracioso,
quán cortés, cuán bien hablado,
quán honesto y virtuoso,
qué bien acondicionado;
quán varón,
quán de cuánta perfición
quel Señor dotarlo quiso!
No me digan de Absalón,

ni me cuenten de Narciso.

DILETA. Dentro estás,
Dios sabe cómo saldrás.

FELICINA. ¿Qué dices?

DILETA. Digo, señora,
que lo alabarías más
si yo fuese quél agora.

FELICINA. ¿Cómo así?

DILETA. Porque teniendo de ti
la promessa tal como ésta,
no estarías ya sin mí,
ni quizá tan bien compuesta.

FELICINA. ¡Qué razón!

DILETA. Sí, que les dado al varón,
y puede ver a su guisa
qué seda tiene el ropón
y qué lienço la camisa.

FELICINA. Assí es;
mas sobre tal interés
y en cósa que tanto cuesta,
quando no fuere él cortés,
tengo yo de ser honesta.

DILETA. Dios lo acuerde;
mas con ravia, ¿qué no muerde?,
con amor, ¿quién tiene rienda?
Nunca vi leña tan verde
que en el fuego no se encienda.

FELICINA. ¿Cómo no?
si tú fuesses hora yo
¿qué arías, di, grossera?

DILETA. Por la fe que Dios me dio,
ya sería, dentro o fuera.

FELICINA. ¡Qué ablar!
¿Y cómo, sin más mirar,

lo harías de esse modo?

DILETA. Haríame de rogar,
aunque no mucho con todo.

FELICINA. Mas empero,
ya harías algún fiero,
fingiendo qualquier renzilla,
como quien dize: no quiero,
y échamelo en la capilla.

DILETA. Puede ser.

FELICINA. Tal sería tu saber.

DILETA. Mas ¿tienes por cuenta cierta
que me venga Dios a ver
y le cierre yo la puerta?
Si te vaga,
porque sanes de tu llaga,
quando en tal cosa te topes,
cierra los ojos, y traga
como quien beve xaropes.
Más te digo
si te consejas conmigo:
que te hazes mala fiesta
en ser avara contigo
de lo que poco te cuesta.

FELICINA. Por no errar
devrías considerar
que las honras suelen ser
muy pesadas de ganar
y ligeras de perder;
y perdidas,
son assí desaparecidas,
que si queremos cobrallas,
las haziendas y las vidas
no bastan a rescatallas.

DILETA. Tú te engañas,
porque con tales entrañas
los covardes y los ruynes
no hazen grandes hazañas
por mirar mucho los fines.

FELICINA. Calla agora.

AQUILANO. Mas callen todos, señora,
sino yo, porque me avezas
a sentir de cada hora
qué dezir de tus grandezas;
y diré,
aunque nunca acabaré
de contar en quanto biva,
con quán grande amor y fe
es mi vida tan captiva.

FELICINA. Di, traydor,
¿y cómo tan sin temor
osavas entrar aquí
y offender a tu señor
y dañar a ti y a mí?

AQUILANO. Por querer,
a más que se deve poner
quien tan alto bien dessea;
que amor no suele temer
ningún peligro que sea.
Antes digo
que quien dexa sin abrigo
al corazón por la vida,
que de sí propio enemigo
y de sí mismo homicida.
Pues, veamos,
¿ay razón porque perdamos
una gloria tan sin cuento
si el fin de quanto afanamos
es buscar contentamiento?
Mas, señora,
si tú me mandas agora
que me torne con mi daño,
más quiero servirte un hora
que bivar contento un año.

FELICINA. Por mi grado
ya devrías ser tornado
y aun dexar de ser venido.

AQUILANO. Hágasse con tu mandado
la voluntad de Cupido...

DILETA. Yo no quiero,
pues del mal que mueres muero,
que te partas con tal queixa.

FELICINA. Váyase para grossero,
que buena prenda nos dexa.

AQUILANO. Por tu amor
dexo la prenda mejor
que en mi casa yo tenía,
y del mundo la menor
que a ti dársete podría.
Y he plazer
de que quede en tu poder
la cosa que mes más cara,
y oxalá pudiera ser
quel resto también quedara.

FELICINA. En buen hora;
pues ¿cómo te yvas agora
y tornas en esse punto?

AQUILANO. Porque en ti veo, señora,
mi mal y bien todo junto.

FELICINA. ¡Qué sabido!
Por mi fe que tu sentido,
tus cosas y tu cuydado,
más son de loco perdido
que de amador concertado.

AQUILANO. Tu figura
de mayor mal que locura
me haze merecedor,
y es un bien de tal ventura
que no pudo ser mayor.
Ves aquí:
tan ledo peno por ti
que por más mostrar mi fe
muero de amores de mí
porque tan bien me empleé.
Mas andar,
si te puedo suplicar,
las rodillas por el suelo,
no me mandasses tornar
tan ageno de consuelo.

FELICINA. ¡Ay! ¿Qué siento?
¿Si han havido sentimiento
de mi maldita salida?
Salte afuera en un momento,
ve, traydor, que soy sentida.

AQUILANO. Eso no.
Donde el amor me faltó,
la vida me falta agora.
¡Ay, ay, ay, que muerto so!
Socórreme tú, señora.

DANDARIO. Hora ver.
¡Hi de Dios y su poder!
¿Qué es esto que aquí resuena?
Mal peccado, deve ser
algún alma que anda en pena.
Por San Pego,
porné la mano en un fuego
y a mi salvo juraría
que es el alma daquel crego
que se ahorcó el otro día.
Ciertamente
ya se meriza la frente,
no puede ser sin misterio.
Por menos inconveniente
quiero llamar a Galterio.
¡Dormillón!
¿No te levantas ahón?

GALTERIO. ¿Qué, diabros, quieres ya?

DANDARIO. Yergue, yergue, bovarrón,
no te arrepientas quissá.

GALTERIO. Bozinero.
Madrugada de herrero
me parece esta mañana.

DANDARIO. Si supieses, compañero,
tú vernías más de gana.

GALTERIO. ¿Cómo assí?

DANDARIO. Que agora agora sentí

los gemidos dun finado,
y aun entiendo, juri a mí,
que de miedo estoy cagado.

GALTERIO. Qué tal era?

DANDARIO. No lo sé, que si lo viera...

GALTERIO. Pues luego no es imposible
sino que es la candelera
que va de noche invisible.

DANDARIO. ¿Quieres buena?
Quiçá no es cosa terrena,
como otras vezes se halla;
y si es alma que anda en pena,
será muy bien conjuralla.

GALTERIO. Mia fe, sí.

DANDARIO. Comiença, que juro a mí
de ayudarte con mis mañas;
yo te doy la mano a ti,
que sabes muchas hazañas.

GALTERIO. Soy contento.
Tanto negro sacramento
venonemo cervolín,
do sancti codo quimento,
si eres cosa buena o ruyn,
te conjuro.
Por la fe del vino puro,
con las bestias de la mar,
y ell alma del Palemuro,
y el sancto de mi lugar,
y también
por la sancta jurialén,
con la cruz del charnecal,
la quillotra de Jaén,
con el gran cirio pascual;
por los cerros,
por los lobos y los perros,
por lagartos y culebras,
por los ajos y cencerros,
por maçuelos de tinieblas;
por perdones,

por buldas y por sermones
que ponen por los altares,
por los grandes çancarrones
de los sanctos Doze Pares;
por vigillas,
y por las Siete Cabrillas
y el bordón de Santilario,
la rueda de campanillas
y el harpón del campanario;
por barrenas,
por coyundas y melenas,
por el barzón y la reja,
por el mar y las arenas,
y el aldava del yglesia
por el ajo
que da sabor al tassajo
y a las morzillas olor,
por la sogá y el badajo
de la campana mayor;
por ll'arrobe,
por las colmenas de Lope,
por el collar del jubón,
por el mango del guisope
y ell asa del calderón;
por las migas
que nos hinchen las barrigas,
con el unto del borrego
te conjuro que me digas
si eres ell alma del crego.

DANDARIO. Ya podría
ser la de Juana García,
xabonera de Laredo,
porque diz que el otro día
la quemaron en Toledo.

GALTERIO. ¿Déssas era?

DANDARIO. Alcahueta y hechizera,
la mayor que nunca vi.

GALTERIO. Santigüémonos siquiera,
no estuviesse por aquí.

DANDARIO. Sí, por Dios,
rezemos, cuerpo de nos.

GALTERIO. Crialeysón del paternostra
qui ex in celis lo dinos tentaciones bita nostra.

DANDARIO. Daca, hermano...
Por la fe del Soberano,
no sé quién bulle los pies
allá, de cara al mançano,
debaxo del aciprés.

GALTERIO. No ha poder...
¡A, no praga a Lucifer,
y es aquel que está ay echado!

DANDARIO. Quién, diabros, puede ser?
Par Dios, pareçe finado.

GALTERIO. ¿Cuál haría?
¡Valme la Verge María!
Y Aquilano me pareçe.

DANDARIO. Cosa imposible sería,
mas a vezes aconteçe.

GALTERIO. Passa allá,
que estará bivo quiçá;
tentémosle las narizes.

DANDARIO. Juri a díobre, bien será
hazerlo, pues que lo dizes.

AQUILANO. O villanos,
no me toquen vuestras manos,
que biveréys pocos días.
Dexat comer de gusanos
estas tristes carnes mías.
¡Ay, que muero!

DANDARIO. Válate Dios verdadero,
¿qué desdicha te siguió?
¿Qué haremos, compañero?

GALTERIO. Eso te pregunto yo.

DANDARIO. A, señor,
dinos hora tu dolor.

que nada non perderás;
ya sabes con cuánto amor
haremos lo que querrás.

AQUILANO. Es mi mal
una herida mortal
que yo mesmo me la di,
y una ponçoña real
que por los ojos beví,
y una pena
que la tengo por tan buena
como el mal del paraíso,
y un morir que Dios me ordena,
qual mi ventura lo quiso;
y una llaga
que me dio Amor con su daga,
siendo a los braços conmigo,
y un fuego que no se apaga,
y una pasión sin abrigo;
y una hiel
tan dulce corno la miel
sacada de los panales,
y un bien que no ay sino aquél,
y un mal que es rey de los males;
y una suerte
juntamente flaca y fuerte,
y un plazer sin alegría,
y una manera de muerte
que qualquier se la querría;
y un pesar
ligero de comportar,
y un pensamiento ravioso,
y un querer para matar,
y un daño muy provechoso;
y una amiga
cuyo amor me prende y liga,
que punto jamás afloxa,
y una preciosa fatiga,
y una bendita congoxa;
y un afán
que mis amores me dan
por reposo en biva llama,
y un fin que pocos harán,
y un comiendo de la fama;
y una fe
que otra tal jamás no fue,

y un amar con apetito,
y un servir no sin porqué,
y un dessear infinito;
y una gana
de tomar muerte temprana
por dexar vida durable,
y una fiebre que no sana,
y una dolencia incurable;
y un tormento
con el qual peno contento
y aun moriría pagado,
y un cortés conocimiento,
y un virtuoso cuydado.
Finalmente,
no me pidas al presente
más nuevas de mi tristura,
y apareja encontinentemente
la vezina sepultura.

GALTERIO. O mesquino,
¡cómo lleva mal camino
y se muere el peccador!
Corre, ve presto, hazino,
dilo al Rey, nuestro señor.
Vey bolando,
mientras lo estoy conortando.

DANDARIO. o haré quanto conviene.

GALTERIO. Parece que va espirando,
quiero ver qué pulso tiene.
O cuytado,
¡cómo mueres malogrado!
Noramala acá naciste
para morir desdichado
quando en más favor te viste.
¿Qué harán
quando tu muerte sabrán
tus parientes donde son,
quando a mí, pobre gañán,
me llegas al corazón?
Dios quisiera
que en tu nombre yo muriera
una vez y dos, y tres,
o me costaras siguiera
la soldada deste mes.

Dios bendito,
de aquí te mando un cabrito
si no muere en este día,
y a la gloria de san Pito
prometo un Ave María,
y an de andar
al sancto de mi lugar,
que quita dolor de muelas,
y aun prometo de llevar
una branca de candelas.
Desde aquí
yo aburro un maravedí
si escapas de aqueste mal,
aunque sepa, juri a mí,
de quedar al hospital.
Quanto gano
daría por verte sano
como spero de te ver,
y porque siento, Aquilano,
quánto bien el Rey te quiere,
y quán cara
les tu presencia y tu cara,
tu servir y tu manera;
que entiendo, si él te engendrara,
la mitad no te quisiera.
Por la villa
ya dizen a maravilla
que eres hombre tan sesudo,
que has de ser rey de Castilla
después que muera Bermudo.
No ay dubdança,
ni daría mi esperança
por tres brancas oy pagadas,
que espero henchir la pança
de buenas migas tostadas.
Dios lo haga,
y te escape dessa llaga,
y te libre de la muerte;
que si yo bivo, y me vaga,
mil servicios quiero herte.

AQUILANO. Calla ya;
llégate, por Dios, acá,
que un plazer quiero de ti.
Si mi ventura querrá
que yo muera luego aquí,

tomarás
lo poco que hallarás
en esa bolsa mesquina,
y de mi parte dirás
a la infanta Felicina
que el tormento
fizo con el pensamiento,
visto mis días postreros,
que hiziesse testamento
do dexo tres herederos;
y nombrados,
para que mis tres estados
se repartan sin querella,
por mí mejor señalados,
serán Dios, la tierra, y ella.
Y assí quiero
que lleve Dios, lo primero,
ell alma, como es razón,
y la tierra el cuerpo fiero,
y ella el triste coraçón
que de grado
quiere estar a su mandado;
pero dile, por tu fe,
que le sea encomendado,
pues tan suyo siempre fue.
Lo demás,
dile tú lo que querrás;
que no puedo más hablarte,
porque ell alma, sin compás,
se me va por cada parte.

GALTERIO. Pues, señor,
júrote a mí, peccador,
que nada no te he entendido.

AQUILANO. Assí cumple a mi dolor;
todo me viene nacido.

GALTERIO. ¡Pese al cielo!
Pues que tanto te lo ruego,
dime claro por qué mueres.

AQUILANO. No me atizes más mi fuego;
déxame estar si quisieres.

GALTERIO. ¡Qué pesar

es oyr ni razonar
con estas guentes de villas,
que nunca saben habrar
sino por retartalillas!
Hora ver;
para pedir de comer
el hidalgo y el gañán,
¿qué diablo es menester
son dezir: daca del pan?
Los grosseros,
estos grandes cavalleros
que por llamarse sabidos
van gastando sus dineros,
después no son entendidos.
Y a los tales
que son de casas reales,
si dessean ser perfectos,
más cumple ser liberales
que sabidos ni discretos.
Y así es:
presume uno por tres
desta gente palaciega,
no saben todos después
desollar una borrega.
Pues, verás,
ya vees el punto en que estás,
harás mejor de aclararte;
que si mueres, nunca más
te diré parte ni arte.
O siquiera,
¿no vees que dessa manera,
hablando por las narizes,
tú te rompes la mollera?
Yo no fago lo que dizes.
¿Traquear?
Tú no me quieres hablar,
Dandario tarda en venir.
Dome a Dios de descansar
y echarme un rato a dormir.

JORNADA QUARTA

BERMUDO.
DANDARIO.

AQUILANO.
POLIDARIO.
ESCULAPIO.
GALIENO.
FELICINA.
GALTERIO.
FACETO.

BERMUDO. O Fortuna descortés
traydora, basta plazerés,
¡por quán poco interés
tan mucho dañarme quieres!
Baratera,
después que por tu manera
todo el mundo te deprava,
¿pesávate ya siquiera
porque yo no me quexava?
Son tus dones
pagar en tribulationes
a los que das esperanças,
¡terrero de maldiciones,
saco roto de alabanças!
Tus botines
todos van a do los fines,
do ganan siempre los menos;
que eres madre de rüynes
y madrastra de los buenos.
Y eres ciega,
pero más el que navega
por tu mar desordenado
y el que a tu sombra se llega
queda dos vezes mojado.
Sé yo, triste,
que ningún bien me heziste;
antes, porque era tan bueno,
hijo propio no me diste,
mas que quitas el ageno.
O Aquilano,
quedasses tú bivo y sano;
muera yo, que lo desseo.
Ven acá, dime, villano,
¿dónde está, que no lo veo?

DANDARIO. Helo allí.

BERMUDO. Hijo mío, ¿qué es de ti?
¡Maldito sea el diablo!
Dime, ¿cómo estás así?
Háblame, pues que te hablo.

AQUILANO. Mi señor,
es tan grande mi dolor
que no me dexa hablar,
y se me haze mayor
en causarte a ti pesar.
Hame dado
tan rezio en este costado
desde ayer a medio día,
que de mí estoy espantado
cómo bivo todavía.
Sin sentido,
porque el dolor ha crecido
y esta noche tanto, en fin,
que como loco perdido
me soy baxado al jardín.

BERMUDO. Pues, verás,
yo quiero, si tu querrás,
que te suban a mi lecho.

AQUILANO. No, señor, que peno más,
y el moverme no es provecho.

BERMUDO. Ora, pues,
levanta presto los pies,
di que mis médicos vengán;
partan luego todos tres,
que punto no se detengan.

GALTERIO. Mas, señor,
¿quieres sanallo mejor?
Yo conozco un buen físico,
Pero Gil, el herrador,
que me sanó mi borrico.
Y ha sanado
la burra de Anthón Machado
y el asno del mesonero;
basta ques más aprovado
que dos vezes el barvero.

BERMUDO. Tiempo fuera

que holgara y me riera
de tus cosas y de ti;
pero así, nunca Dios quiera
que plazer se llegue a mí
mientras dura
tamaña desventura
qual me vino en este día,
porque dolor y tristura
me fuessen en compañía.
Muero en verte;
maldita sea la muerte,
que así lo quiero dezir,
porque a un hombre de tu suerte
no dexa mucho bivar.
¡Quién te vido
de largas tierras venido
con gracia que Dios te dio,
y así tan presto querido
y estimado más que yo!
Sin dubdar,
bien eras tú de estimar,
capaz de gran señorío
suficiente a gobernar
muchos más reynos que el mío.
Yo creyera,
según la gracia y manera
que mostravas a la clara,
si la virtud se perdiera,
que sólo en ti se hallara.
Pero vi
que me servías a mí
tan honesto y concertado,
que no había quien de ti
no estoviesse enamorado.
Qué prudente
gobernavas tanta gente
por tan discreto compás,
y no el reyno solamente,
pero a mí, que es mucho más.
Mis peccados
te buscaron malos hados,
porque llore, si no sanas,
los tus años desbarvados
y el seso lleno de canas.
Ciertamente,
si yo veo que al presente

la muerte no te perdona,
yo prometo en continente
de renunciar mi corona.

GALTERIO. ¿Y es verdad
que a tu Real Magestad
no pueden faltar enojos?

BERMUDO. Quiere Dios por su bondad,
que no descansen mis ojos.

GALIENO. Pues, veamos.
¿Qué nos mandan que hagamos,
o a qué fue nuestra venida?

BERMUDO. A que sepáys y sepamos
si Aquilano tiene vida.
Non dudéys
de pedir quanto querréys,
si aprovechalle pensáys,
que si a él le guarecéys,
también a mí me sanáys.

GALIENO. Por mi fe,
yo, señor, esperaré
que cada uno lo vea;
que por mi parte non sé
hasta aquí qué mal se sea.

POLIDARIO. Veramente
hasta en el punto presente
que vi, señor, Aquilano,
no vi cara de doliente
tener el pulso de sano.

ESCULAPIO. Yo, señor,
en todo soy el menor;
mas tanto que satisfaga,
deziros quiero un primor
si hos parece que se haga.
Y a mi ver,
se deve luego hazer
si mandare vuestra Alteza,
que según puedo entender,
su mayor mal es tristeza.
Y acontese

cuando un mancebo adoleçe
fuera de su natural,
tal desso le recreçe
que les doblado el mal,
de manera
que tal pasión lastimera
se imprime en el coraçón,
y los señales de fuera
nos engañan la razón.
Pues, conviene,
por ver su mal dónde viene,
buscalle algunos plazerer;
y tu Magestad hordene
que vengan aquí mugeres
bien compuestas,
y aun fermosas más que onestas,
porque más se alegrará;
y con estas tales fiestas
natura lo esforçará.
Y sabremos
todo aquello que queremos
cerca de su enfermedad,
y entonçes ordenaremos
de buscalle sanidad.

BERMUDO. Yo he plazer.

ESCULAPIO. Pues las damas deven ser
Felicina y sus donzellas
y aun quiero que mi muger
venga aquí también con ellas;
que es hermosa,
y assí gentil y graciosa
quanto se puede pedir.

BERMUDO. Pues hágase aquesta cosa;
ve, page, hazlas venir.

GALTERIO. Mas, señor,
¿quiés que vaya, por tu amor,
en dos saltos a llamar
la hija del texedor
que sabe muy bien arar?
Y a Luzía,
la nieta de Antón García,
que tiene mil perfeçiones,

y aun diz que siega en un día
más que dos buenos peones.

DANDARIO. ¡Guay de ti!
Llama, llama, juri a mí,
la hija de Antón Frontino,
que se maja, en hendo assí,
media carreta de lino.

BERMUDO. ¡Qué plazer!
Esso havemos menester;
haréys vosotros mejor
de estudiar y proveer
de mitigalle el dolor.

ESCULAPIO. Será bueno
un emplastro para el seno
donde más siente la pena,
según manda Galieno,
Avenroyz y Avicena.

GALTERIO. Juri al cieno
se llevante como un trueno
sano y bueno en ora buena,
si yanta gallo relleno,
y ave rroya y ave cena.

POLIDARIO. O bestial,
¿no miras que entiendes mal?
Por mi fe questás donoso;
que de los tres, cada qual
era un médico famoso.

GALTERIO. Concluyr:
se por phísicos ha d'ir
que sanen sin levar nada,
yos haré luego venir,
si queréys, una tracada

GALIENO. Por mi amor,
di ¿quién son?

GALTERIO. El herrador,
el barvero y la que enxalma,
y el viejo saludador
que sana de cuerpo y alma.

Y a mi hermana
que cayó el otra mañana,
la sanó María Gil
con una poca de lana
y el azeyte del candil.

GALIENO. ¡Gran letrado
que en Salamanca ha estudiado
y en otras tierras ajenas,
y en París fue graduado,
y en Boloña y en Athenas!

GALTERIO. ¿No lo veys?
Atiná quanto queréys;
y a todos, sí, mas que no,
os pongo que no sabéys
tantas tierras como yo.

GALIENO. Di quequiera.

GALTERIO. Por diego se La Ratera,
y a Hollales y a Grillejo
y a Tres Casas y a Perrera,
y a Tintín y al Villarejo.

DANDARIO. Mallogrado
de Juan Burro, mi cuñado,
que anduvo noches y días
la mitat deste Condado,
hin a las Andaluzías.
Y aun baylava,
no sé cómo se arrojaba
la puta la çapateta;
¡mal año! que assí sonava
cruxido de una carreta.
Mas tenía
que le prestaron un día
una capa de florete,
do al diablo el hombre avía
que no l'quitasse el bonete.
Juri an diego,
siempre fue gran palaciego,
y aun más de dos os dirán
que ygalava a nuestro crego
y aun passava al sacristán.
Pues, en gala,

perdone Dios a Pascuala
que lo quiso fuertemente,
nunca se le yva zagala
que él os topasse a la fuente.
Pues aosadas
que qualquier dança despadas
que os la sabía de coro,
y en un año dos vegadas
fue mayordomo del toro.
¿No es nadilla?
¿Y al luchar de çancadilla,
y a saltar salto de mata,
no se ganó una vegilla
buen medio real de prata?

GALTERIO. Sí, mal año;
allí estava yo, tamaño
como soy y aun más grande,
mas llevólo por engaño.

DANDARIO. Mia fe nunca Dios lo mande,
Lazerado,
¿no lo hoviera confessado
la quaresma que passó?

GALTERIO. ¡Hideputa, qué ahotado!
Que nunca se confessó.

DANDARIO. Do al demonio
tan hodibre testimonio
como ora dezirte dexas;
recalcávate el madroño,
y ora ques muerto te quexas.

GALTERIO. Mia fe, mientes,
salvonor de los oyentes.

DANDARIO. Mas mentís vos como puto.

POLIDARIO. Villanos, ¿no paráys mientes
que habláys muy dessoluto?
Dios loado,
pues nos avéys alegrado,
yos digo ques cosa sana
yr a comer un bocado
y a beber por la mañana.

GALTERIO. ¿Cómo, qué?
Ya el hombre sabe, a la he,
tomar el jarro del asa.
Montas ora, en buena fe
que nos llevara a su casa.

POLIDARIO. Si queréys,
plazer grande me haréys
con tal que traygáys iguales
los tajos en que os sentéys
y cada sendos reales;
quando no,
sobre prenda os daré yo
quanto supierdes pedir.

GALTERIO. No medre quien tal pensó
que supierades decir.

DANDARIO. Daca, vamos.

POLIDARIO. Las damas vienen, veamos
lo que se deve hazer.

ESCULAPIO. Yos diré cómo hagamos
si soys de mi pareçer.
Por no errar,
vos las devéys hordenar,
yo notaré su semblante;
que una a una han de passar
todas ellas por delante.

POLIDARIO. En buen hora.

GALIENO. Vengan por orden agora.

BERMUDO. Andad vos, mi hija, primero.

GALIENO. Ea, vos, andad, señora,
pues venís a contadero.

ESCULAPIO. Prestamente
váyase toda essa gente
si manda tu Magestad,
y narrarte he brevemente
su mayor enfermedad.

BERMUDO. Sea así;
no quede ninguno aquí.
Hablemos ora los dos:
yo quiero saber de ti
qué saber te ha dado Dios.

ESCULAPIO. Un saber
qual no quisiera tener
por saber mi poca vida;
que suele mucho doler
la muerte de antes plañida.

BERMUDO. ¿Y es de muerte?

ESCULAPIO. Soy lo yo, por mala suerte,
pues que es mi honra mortal.

BERMUDO. Has que pueda yo entenderte
si sientes mal de su mal.

ESCULAPIO. Siento tanto,
que me veo en gran quebranto
por lo que no merecí.

BERMUDO. Cata, por Dios, que me espanto
de tus cosas y de ty.

ESCULAPIO. No lo dubdo:
que mejor fura ser mudo
que no saberme quejar,
pues que la fortuna pudo
darme tanto que hablar.
Has de oyr,
pues no te devo encubrir
lo que en fin has de saber,
que él está para morir
de amores de mi muger.

BERMUDO. ¿Por tu fe?

ESCULAPIO. Agora te contaré
si quieres sabello todo,
de qué manera lo sé,
por qué vía y por qué modo.

BERMUDO. Dilo luego.

ESCULAPIO. Tú sabrás que él yva ciego,
días ha, por me llevalla;
yo dentonces vide el juego
y he sabido bien guardalla.
Y es verdad
que, viendo su enfermedad,
sospeché nascer de allí;
mas por más siguridad
la hize venir aquí.
Tanto afano
teniendo el pulso Aquilano
mientras mi muger passava,
que sentí luego en la mano
como por ella penava.

BERMUDO. Soy pasmado
de pensar cómo has usado
de primor tan primo y tal,
y alegre porque me has dado
buenas nuevas de su mal.
Y a mi ver,
tú lo puedes guarescer,
que otro no creo que pueda;
o sánelo tu muger
y páguelo mi moneda.

ESCULAPIO. O señor,
que te soy buen servidor,
y me hieres sin porqué;
que yo no vendo el honor,
ni la muger, ni la fe.

BERMUDO. Tú eres necio;
que aunque en ál seas Boecio,
poco desto se te entiende,
que do no se haze precio
no se compra, ni se vende.
Mas verás,
quando bien mirar querrás
y si la razón concibes,
es mejor el bien que das
que no el daño que recibes.
Del pagar
no curemos de hablar,

que no haze ni desfaze;
lo que yo te quiero dar,
dótelo porque me plaze.

ESCULAPIO. Todavía,
yo, señor, saber querría,
porque más presto concluya,
tu Magestad ¿qué haría,
si mi muger fuese suya?

BERMUDO. ¿Quieres ver?
Recibiría plazer
quando, por gracia divina,
assí como es tu muger,
fuese la mi Felicina.

ESCULAPIO. Dentro estás.
No se gaste tiempo más,
ques periculum in mora.
A la fe, paciencia avrás:
que ella misma es la señora,

BERMUDO. ¡Triste yo!

ESCULAPIO. ¡Voto a Dios que lo escozió!
Pensava burlar de mí;
los consejos que me dio
tome agora para sí.

BERMUDO. Di, traydor,
¿vías padescer mi honor
y esperavas que muriese?

ESCULAPIO. Antes buscava, señor,
cómo menos te doliessse.

BERMUDO. ¡O mal fuerte!
Que a mal de tan mala suerte
no ay consuelos. que consuelen;
que la deshonra y la muerte
aunque tardan, siempre duelen.
¡O vos sielos!
¡Fortuna de mil repelos,
negro amor más que la pez!
¿Faltávanme ya otros duelos
al cabo de, mi vejez?

¡Vida astrosa,
hasta aquí muy amorosa
y enemiga al cabo al cabo,
como sierpe venenosa
que ha la ponçoña en el rabo!
Mi reynar,
muy cuydado en ensanchar
estos reynos de Castilla,
todo fue nadar, nadar,
y ahogarme en la orilla.
¿Qué dirán?
¿Qué estima de mi harán?
¡O Dios, quel mundo cobijas,
a quien querrás dar afán
nunca le des sino hijas!
Di, Aquilano,
recepiste por mi mano
más que osaste demandarme,
¿y agora, como villano,
me pagas en disfamarme?
Sin dubdar,
oy las mercedes sin par,
el amor y la virtud,
ya no se suelen pagar
sino con ingratitud.
¿Qué señales!
Hazedor de los mortales,
bendito sea tu nombre;
de todos los animales
el más ingrato es el hombre.
Dime, di,
¿por ventura passa assí,
como este proprio me cuenta?

AQUILANO. Matarme puedes aquí,
mas no esperes que te mienta;
que en verdad,
si amando, la voluntad
te ofendió, por mi peccado,
otra ninguna maldad
por mis manos no ha passado.
Del mirar,
que nadie puede escusar,
procedió mi fin temprano;
sospiros, passión y amar,
nada desto fue en mi mano.

Deste hecho
no me vino otro provecho
desque el amor me venció,
sino que dentro en mi pecho
guerra mortal no faltó.
Combatía
lealtad que te devía
contra el amor que en mí estava,
la razón los despartía
pero amor la desechava.
Dios quisiera
que Aquilano no nasciera
para tan amargas bodas,
o que mil vidas tuviera
para pagarte con todas.

BERMUDO. Ciego amor,
que do imprime su dolor
no quiere que otro se imprima;
veréys qualquier amador
que dos mil muertes no estima.
O Aquilano,
tú mueres ledó y hufano
que muriesses de mil modos;
triste de mí, viejo cano,
que tiro el carro por todos.
Morirás,
mas luego descansarás,
tu buena suerte te guía,
que tú mueres oy no más,
yo moriré cada día.
Gran pasión,
dolor sin comparación
por mis males se permite;
que mancha del corazón
no ay jabón con que se quite.
¡Felicina,
fuesses muerta más aýna;
pues no se halla en el suelo
ni a desonra medicina,
ni a la muerte consüelo!
Mundo triste
que a nadie celar pudiste
tus entrañas de malsín,
quantas riquezas me diste
me han salido al gallarín...

AQUILANO. Mi señor,
por tu servicio y amor
me quiero un poco esforçar,
y esse tu mucho dolor
ayudártelo a passar;
que de verte
no puedo no socorrerte.
Pero sea deste modo:
ya sabes que con mi muerte
se remedia casi todo.
Hasta aquí
tu hija queda de mi
salva y limpia por entero;
no perderás sino a mí
que, en fin, soy un extranjero.
Y es el mal
que so llegado al señal
y al postrero de mis hados;
que en el naçer cada qual
saca sus días contados.
Y esta vida
como por cosa perdida
deve ser poco estimada;
que oy mi muerte muy plañida,
mañana será olvidada.
Sin tardar
vee si puedes remediar
al caso que es ya venido,
que es locura dessear
que no sea lo que ha sido.
Ten prudencia,
haz de mi vida sentencia
con entrañas animosas;
cata que la diligencia
resplandeçe en todas cosas.
Y en verdad,
para la prosperidad
cada uno es gran varón,
pero en el adversidad
se muestra el buen coraçón.
Bien le viene
al que ceptro y reyno tiene,
que sea, de todo ser,
un cordero si conviene,
y un león, si es menester.

Pues, osado
pon oy remedio a tu estado,
pues yo me pongo a sufrillo:
dame el fin que yo he buscado,
yo quiero darte el cuchillo.

ESCULAPIO. Bien compone.
Mas tu Alteza me perdone,
no seas tan diligente;
que quien apriessa dispone
muy despacio se arrepiente.

FACETO. ¡O señor,
no muera de tal dolor,
ni le mates sin me oír!

BERMUDO. Tira, villano, traydor,
¿qué me puedes tú dezir?

FACETO. Te prometo,
si me escuchas en secreto
de largamente havisarte.

ESCULAPIO. Cata, señor, que Faceto
sabe desto bien su parte.

BERMUDO. Ven acá;
quedad vosotros allá.
Di ¿qué sabes?

FACETO. Bien querría,
pero veo que será
mi lengua la muerte mía.

BERMUDO. Di, villano.

FACETO. No tornaré bivo y sano
a los ojos de mi madre.

BERMUDO. Di, perro.

FACETO. Yo y Aquilano,
partiendo del Rey, su padre...

BERMUDO. ¿Cómo? ¿Qué?
¿De qué rey?

FACETO. Señor, erré,
digo del Rey, su señor.

BERMUDO. Te prometo, por mi fe,
de darte muy gran valor.

FACETO. Yo me siento
fallecer de pensamiento
si me ha de mandar matar;
que le hize juramento
sobre el ara del altar.

BERMUDO. ¡O maduro!
Sobre mí questás seguro.

FACETO. No sé, señor, qué me diga.

BERMUDO. Por mi corona te juro
que ningún mal se te siga.

FACETO. Mas ¿qué bien?

BERMUDO. Yo mandaré que te den
mil doblas.

FACETO. Aunque me pierdo,
es hijo de...

BERMUDO. ¿De quién?

FACETO. Del Rey.

BERMUDO. ¿Qué rey?

FACETO. No me acuerdo.

BERMUDO. Ea, di,
no estés burlando de mí,
que no estoy de tu apetito.

FACETO. No sé si lo traygo aquí
en este papel escrito.

BERMUDO. Muestra presto:
«De la virtud de tu gesto

nace mi mal y quebranto,
mas consuélome con esto
que no ay bien que valga tanto.»
Neciarrón,
si no das otra razón,
¿qué puedo de aquí entender?

FACETO. No, ques éssa una canción
que avía compuesto ayer.

BERMUDO. ¡Quánto afano!

FACETO. ¿Quieres sabello temprano?
Págame, no estés dudando;
que más val páxaro en mano
que quatrocientos bolando.

BERMUDO. ¡Gran fatiga!
No sé, par Dios, qué me diga;
toma, si quieres, la capa.

FACETO. A la fe, voto al amiga
questoy ora como un Papa.

BERMUDO. ¡Qué donoso!

FACETO. Con ésta voy gloriōso
sin que más nada me den;
con loco y menesteroso
siempre el hombre compra bien.
Sin tardar,
ora te quiero contar,
pues me alegraron tus paños:
¿Con quién quesiste casar
a tu hija, oy ha seys años?

BERMUDO. Yo quería,
por nuevas que dél tenía,
darle entonces por marido
un hijo del rey de Ungría;
mas diz que es muerto o perdido.

FACETO. Sepa yo:
¿por qué assí no conçertó
esse tan buen casamiento?

BERMUDO. El padre no concintió
que el hijo bien fue contento.

FACETO. Sí, señor;
que entonces tu embaxador
tales nuevas le dio della,
que luego, preso de amor,
pensó de venir a vella.
Y en efecto,
solos yo y él, de secreto,
partimos, como se haze.

BERMUDO. ¿Qué me cuentas, mi Faceto?

FACETO. Lo que pienso que te plaze.
No estés triste,
que buena suerte tuviste.
Porque creas lo que digo,
lo que entonces le escreviste
se trae siempre concigo.

BERMUDO. ¡Dios loado,
que me libró de cuydado,
y assí cumplió mi desseo!
Por señas que otros me han dado
quanto me dizes te creo.
Quanto más,
sin las señas que me das,
que de la frente a los pies,
en seso, vida y compás,
siempre mostró quién él es.
O Aquilano
gracias hago al Soberano
que de mí te hizo esquivo,
y en un punto enfermo y sano,
y en un hora muerto y bivo.
Tú, camina,
da nuevas a Felicina.

FACETO. Nunca he podido hallalla.

BERMUDO. Pues vamos todos ayña
con diligencia a buscalla.

JORNADA QUINTA

FELICINA.
DANDARIO.
BERMUDO.
ESCULAPIO.
AQUILANO.

FELICINA. Ven, Fortuna, mi enemiga,
que agora yo te conbido;
sácame de una fatiga
pues en tantas me has metido.
Gran peccado,
dos cuerpos en tal estado
que la tierra los gozasse,
y un amor tan estimado
que tan presto se acabasse.
Mala suerte,
que no pensé mereçerte
tan gran daño todo junto;
mas fortuna, fuego y muerte
hazen gran daño en un punto.
Pues, mezquina,
assí, Señor, me encamina
como mi bien a la huessa.
¡O traydora Felicina,
qué vagar a tanta priessa!
¡Quán sin arte
te di, Amor, en mí gran parte
y en mis entrañas cabida!
Ya no me queda por darte
sino aquesta pobre vida.
Tiempo es ya.
Mas ¿quál árbol me terná,
que es mi cuerpo ponderoso?
¿Quál cuerda no quebrará
por dilatar mi reposo?

DILETA. Mi señora,
por allí llevan agora
tu bien todo engarrafado.

FELICINA. ¿Qué me cuentas, di, traydora?
Ya deve ser degollado.
Corre a ver;
mira si puedes saber
dónde muere mi señor.

DILETA. No ay lugar do deva ser
sino en el patín mayor.

FELICINA. ¡Ay, hermana!
Cómo yría tan de gana,
por morir toda fiel,
a echarme de una ventana,
que cayesse encima dél.

DILETA. No podrás
que por doquiera que yrás
las gentes te estorvarán.

FELICINA. Pues corre presto y verás
en qué término están.

Ora siento
que para mi pensamiento
tengo buen tiempo entre manos
si de mí no han sentimiento
estos nuestros ortelanos.

Rey divino,
ponme ya en aquel camino
que de reposo está lleno;
mas, ¡o sexo feminino!
para nada fuese bueno.
Si hombre fuera,
mil muertes dado me oviera
sin persona me sentir;
pero de aquí donde quiera
podré tomar el morir.

Esta rama
se me antoja que me llama,
conviniente me paresce;
quiero coger nueva fama
por quien todo lo meresce.
Bien va assí;
mas, triste ¿qué hago aquí?
¡Qué ingenio tan torpe y rudo!
¡Desventurada de mí,
que no sé hazer un ñudo!

DILETA. ¡Mi señora!
Buscándote van agora
tu señor, y no sé quién.

FELICINA. Ve, mala hembra, traydora,
escóndete tú también.
¡O mezquina,
triste muger Felicina!
Que agora me maravillo
por qué corrí mas aýna
a la cuerda que al cuchillo.
Mal sabida,
que duna sola herida
me veniera gloria y fama;
pero la muerte y la vida
tarde van a quien las llama.
¿Quién me quita
que con pasión infinita
no muera tras mi bien todo?
Pero mi suerte maldita
querrá que muera a su modo.
Pues andar,
que no me puede faltar
una muerte cruda y perra,
siquier me sorva la mar,
siquier me trague la tierra.
Mis afanes
son preciosos y galanes
pues a Dios assí le plugo,
ora me den a los canes,
ora me den al verdugo;
que sé ya,
quando alguno se oporná
contra el fin do amor me traxo,
fácil cosa me será
saltar de una torre abaxo.

DANDARIO. ¡A nuestra ama!

FELICINA. Triste de mí, ¿quién me llama?
Todo el mundo me es contrario;
hermano, vete a tu cama.

DANDARIO. No haré, por Santilario,
son que quiero
ver lo que mandas primero
si te pluguiere dezillo.

FELICINA. Cortaré deste romero
si me vas por un cuchillo.

Corre, hermano.

DANDARIO. Yo cogeré con la mano
media carga en santiguando.

FELICINA. Corre, ve presto, villano;
haz aquello que te mando.

DANDARIO. Torno agora.

FELICINA. ¡Virgen María, Señora,
si me viesse ya defunta!
Mas no le dixes, en mal ora,
que fuese agudo y con punta.

DANDARIO. Helo aquí;
mas perdona, juri a mí,
que se llama el mangorrero.

FELICINA. ¿No ternías por allí
algún otro más ligero?

DANDARIO. Mia fe, no,
que antaño se me perdió
mi cuchillo el navajón;
mas Galterio, cuydo yo
que ha de tener un podón.

FELICINA. Anda, vete;
que mi suerte me promete
largo afán en este día.

DANDARIO. ¿Quiés, señora, un cañivete
chiquito de escrivanía?

FELICINA. ¡Ay, cuytada!
Que no deve valer nada.

DANDARIO. Helo aquí traygo espetado;
juri a diez, ques la promada.
Galterio me lo ha hurtado.

FELICINA. ¡Qué dolencia!
Quítate de mi presencia,
vete, villano al albarda;
quiero esperar la sentencia

que mi ventura me guarda,
Con plazer
todo mal quiero atender,
animando el corazón;
si en la vida fue muger,
seré en la muerte varón.
Determino
no sentir este camino,
aunque me duele y afano
porque he sido de contino
descortés con Aquilano.
¿Qué perdiera
si las vezes que pudiera,
ledamente le hablara?
Mas sola una vez siquiera
no le hize buena cara.
Ya está claro
que me fuera gran reparo
hazelle mejor partido,
pero veréys que el avaro
siempre muere arrepentido.
¡O Señor,
que no ay riqueza mayor
que consigo contentarse,
ni veo mayor dolor
que de sí propio quejarse!

DILETA. Reyna mía,
¡qué presente de alegría
te traygo si me lo pagas!
Yo te hago, en este día,
libre de todas tus llagas.

FELICINA. Por tu vida,
que seas más comedida;
vete, por amor de mí.

DILETA. Si supieses mi venida,
no me echarías assí.

FELICINA. ¿Porfiar?
Que no te quiero escuchar
ni he menester tus caricias.

DILETA. Assí te dexe Dios reynar,
¿qué me darás en albricias?

¿Esta saya?
Y estaré como una maya,
y alegre más que la flor.

FELICINA. Yo le digo que se vaya,
y ella peor que peor.
Por mi fe
si porfías, te daré
dos puños, y no otra cosa.

DILETA. Qualquier cosa tomaré
de una reyna tan dichosa.
O señora,
¡quán rica quedas agora,
quán buena suerte tuviste,
quán bendita fue la hora
que Áquilano conociste!

FELICINA. Por ventura,
¿tienes ramo de locura?
Por mi fe que desbaría.

DILETA. Siempre falta la cordura
donde sobra el alegría.

FELICINA. Bien está;
descarga, si quieres ya,
tu embaxada o badajada.

DILETA. No pienses que assí será,
primero seré pagada.

FELICINA. A mi ver,
yo no sé qué pueda ser
con que huelgue Felicina.
¿Quiéresme dar a entender
que a desonra ay medicina?
Creo luego,
si a mi afán hallas sossiego
y el remedio que se deve,
que no es mucho elarse el fuego
ni tampoco arder la nieve.

DILETA. ¿Quieres más?
Diógote que oy te verás
más alegre que el coral.

Sepa yo qué me darás,
no debatamos en ál.

FELICINA. Tú me aclaras;
con el coral me comparas.

DILETA. ¡Ay, Jesús, y cuál te paras!
Oyeme, señora mía;
sangriento será este día.
que si vieras
por palacio las carreras
que dan en busca de ti,
las fiestas de mil maneras,
cosa que nunca tal vi...
¿Quieres ver?
Ningún hombre ni muger
hallarás que esté despacio;
tu padre, el Rey, de plazer,
ha dado a saco el palacio.
Lo primero,
mandó echar al repostero
la plata por las ventanas,
y llamar luego un barvero
para quitarse sus canas.
Los arreos
salen ya por mil rodeos,
las libreas, las hazañas;
ya se conciertan torneos,
ya se arman juegos de cañas.
La ciudad
con tanta solemnidad
luminarias sin reproche,
que su mucha claridad
ha desterrado la noche.
Todavía
disparan artillería,
coetes, truenos y cosas;
no se pensó ver un día
de fiestas tan gloriosas.
¿Qué más dudas?
Con esas entrañas rudas
no sé en el dar de quién vienes.
¿Cómo ora no te desnudas
para darme quanto tienes?

FELICINA. Sí faré;

dime agora, por tu fe,
dó nacen tantos plazer.

DILETA. Primero veré por qué.

FELICINA Demanda lo que quesieres.

DILETA. Con razón
te merezco qualquier don;
pero todos los dessecho
si me demandas perdón
de quantos males me has hecho.

FELICINA. Di, bestial,
¿quándo yo te fize mal
ni desguisado tamaño?

DILETA. Pues aquí tengo el señal
del chapinazo de antaño.

FELICINA. ¡Qué manzanillas!
¿Por qué hazes maravillas?
Di, que perdón te demando.

DILETA. Pues híncate de rodillas.

FELICINA. ¿Y entiendo que estás burlando?

DILETA. ¿Cómo qué?
Palabra no te diré
si aqueste plazer no gano.

FELICINA. Heme aquí, pues que pequé.

DILETA. Ora bésame la mano.

FELICINA. Ve de allí,
si no, mal será por ti.

DILETA. Que me plazze, sin tardar.

FELICINA. Torna acá. ¡Triste de mí!
No me hagas reventar.
¿Qué ha de ser?
¿Me quieres escarnecer
porque muera y me dessee?

DILETA. Hazme tamaño plazer,
que aquí nadie no nos vee.

FELICINA. Daca acá,
acabemos ora ya,
pues no ay seso que te rijja.

DILETA. Besa. ¡Quán humilde está!
Dios te haga buena hija.

FELICINA. Ora di.

DILETA. Primero quiero de ti
otro plazer tamañito.

FELICINA. ¿Qué quieres?

DILETA. Que por aquí
seas mi moça un poquito.

FELICINA. ¿Qué harás?
Haz de mí lo que querrás,
pero yo no sé en qué modo.

DILETA. Hasme de venir detrás,
y alçarme la halda y todo.

FELICINA. ¡Ay, mezquina!
Triste muger Felicina.
¿Si salen los ortelanos?

DILETA. Toma, si quieres, aýna;
desembuélvete essas manos.
Esso sí.
Camina cerca de mí,
no me descubras los pies.
¡O, qué moça tengo aquí!
¿Quánto quieres cada mes?

FELICINA. Chocarrera,
mala landre que te hiera,
¿burlas de mí todavía?

DILETA. Calla, que hasta que muera
contaré de aqueste día;

y al reñir
siquiera podré dezir
a quualquier otra donzella,
que he tenido, sin mentir,
mejor moça que no es ella.

FELICINA. ¡Ay, amarga!
¡Qué disciplina tan larga
para tan flaca muger!
Líbrame de aquesta carga,
que más no puedo atender.

DILETA. Soy contenta;
que el corazón me rebienta
hasta sacarte de triste.
Puedes hazer una cuenta
que morías, y oy naciste.
Tal hazaña
nunca se vio, ni tamaña,
qual ses vista en este día;
que oy ponías fuego a España
y oy la inches de alegría.
Oy de llantos,
oy de músicas y cantos,
con tus benditos amores;
oy de xerga grandes mantos,
oy de brocados mayores.
Te prometo
que debes oy a Faceto
quantas mercedes te pida,
que él descubrió este secreto
y ha dado a todos la vida.

FELICINA. Ven acá.
¿Dízesme que bivirá
Aquilano, mi señor?

DILETA. Par Dios, que te gozará,
y aun que nos haze, favor.

FELICINA. Pues, hermana,
¡qué tardas una semana!
Sácame desta fatiga.

DILETA. De contenta y muy hufana
no sé cómo te lo diga.

FELICINA. Por despecho
me dilatas este fecho.

DILETA. Súfrete.

FELICINA. No me lo mandes;
quel corazón en el pecho
me da los saltos tan grandes.
De turbada, toda estoy medio finada,
los sentidos agenados,
la sangre toda quajada,
los cabellos levantados;
de afligidas
las carnes adormecidas
y el alma como en fortuna.
Si me diessen mil heridas,
no sentiría ninguna.

DILETA. Por tu fe,
Aquilano, di, ¿por qué
no te dixo de dónde era?

FELICINA. Nunca gelo pregunté.
¿Por qué no me lo dixera?

DILETA. Reyna mía,
tú sabrás por esta vía,
con todo abraçarte quiero
que es hijo del rey de Ungría,
primogénito heredero.

FACETO. O señora,
que a la fe más ha de una hora
que te buscan en palacio;
tu padre, el Rey, viene agora
mas apriessa que de espacio.

DILETA. Helo aquí.

BERMUDO. Hija mía, que por ti
gran afán era conmigo.

FACETO. Pues, abraçame tú a mí.

DILETA. Abraçete el enemigo.

BERMUDO. ¡Grand cuydado,
y en un punto remediado!
Mala ves pensarlo puedo.

FACETO. Yo soy el mejor librado
si con la capa me quedo.

ESCULAPIO. Pues, señor,
yo lo traygo por mejor
no se dilate esta cosa.

BERMUDO. Llega, hijo, por mi amor,
y abraça tu nueva esposa.

FACETO. ¿Ay alano
que asiesse como Aquilano?
No se hizo de rogar.

DILETA. Pues, señor, dame la mano,
que te la quiero besar.

FACETO. Ea, aýna;
tú, señora Felicina,
dame la tuya también.

BERMUDO. Lo que por Dios se encamina
siempre todo acaba en bien.

FACETO. Buena gente,
diz que allá secretamente
serán las bodas mañana.
Valete por el presente,
que no ay más del Aquilana.

FIN